

LA RUTA
DE LAS
ONCE CARTAS

autografía

DAKO MUÑOZ

CAPÍTULO 1

Son las diez de la mañana. El cielo gris presagia lluvia y aunque amenazante el día se resiste. Es como si el tiempo se ralentizara ante aquella escena. El aire mece los cipreses levantando bruscamente la hojarasca acumulada en el camino justo al lado de la cripta gótica, mientras yo espero impaciente el desahucio. Una mañana desapacible que va en consonancia con el austero silencio que nos rodea, roto solo por la circulación incesante de coches en el cinturón de Ronda. Me pregunto por qué no admiten mi recurso de prórroga. Con mucha probabilidad el edificio, francamente sencillo pero original, quedará en pie y será seguramente remodelado. Los cuerpos de aquella familia irán a la fosa común, después de más de un siglo dando reposo a la familia Roig-Bates.

Se verán despojados del título que atesoraron en vida como burguesía industrial y descenderán al peldaño más bajo como familia desahuciada de los traspasados que moraban en aquel cementerio.

No había familiares directos ni indirectos, ausencia de seres queridos, amigos, vecinos o simplemente conocidos. Solo

estamos el representante del cementerio, que dará fe de los cuerpos y dirá dónde se depositarán, un funcionario como testigo y yo frente a la cripta con una verja de hierro forjado con detalles florales, abierta, sin cristales, en un estado precario. El suelo adecentado por los servicios de limpieza dos días antes. Una escena inusual que nunca hubiera imaginado pudiera ocurrir. No cabe duda de que mi vida ha estado dando la espalda a una realidad que existe en mis tiempos y que yo desconocía o quizás prefería ignorar.

Y ante la señal del representante comienzan las tareas de apertura de los nichos mientras me mantengo a una cierta distancia con extrema curiosidad. Tras unos breves instantes se dejan de oír golpes en el interior ante la sorpresa de los allí presentes, entre los que me incluyo. El operario sale y habla al oído del administrador, su estado es de nerviosismo y extrañeza. Falta el cuerpo del nieto del Sr. Roig. Había desaparecido.

Todos se quedan inmóviles. Mientras el viento arremolina las hojas a nuestros pies, me recorre una descarga eléctrica que atraviesa todo el cuerpo, paralizando mi actividad cerebral. Tras unos segundos de shock que al instante recobro, se enciende una pequeña luz en la que las preguntas y dudas se traducen en un ¿si no hay cuerpo?, ¿dónde está? No tiene sentido a no ser que...

Ocasión en el que, con el féretro abierto, el operario saca de su interior con cierta parsimonia unos objetos:

—un plano topográfico del año 1932,

—varias fotografías: una de 3 jóvenes con familiares en la estación de Francia, otras con playas y acantilados,

—un fajo de cartas,

—una camisa de miliciano, manchada de sangre.

Mientras, hablan los representantes de la institución en voz baja, sorprendidos por ese hecho del que no dan crédito pero que seguro encontrarán alguna explicación racional en sus archivos.

Lo que veo no me deja indiferente. Si hasta estos instantes había estado inquieto, en estos momentos si me pinchan no me sacan sangre. ¡Esto es imposible! Mi cabeza intenta poner orden ante aquella escena, racionalizar lo que para mí es incomprensible. Cuanto más intento entender menos explicación le encuentro. Aquello que han sacado del ataúd, a excepción de la camisa manchada de sangre ha estado en mis manos con anterioridad, los había ojeado, revisado, trabajado, examinado hasta la extenuación y vuelven a aparecer. Dar respuesta a la situación que ante mí se presenta era imposible y me deja descolocado. Empiezo a recordar cómo esta historia se cruza en mi vida para entender lo que está sucediendo. Tengo que retroceder al principio...



Era una mañana gris con un cielo tapado, este empezaba a dejar caer lentamente toda el agua acumulada entre las nubes de forma sosegada, en el cementerio de Montjuic. Me sorprendió lo que en un principio era una ligera lluvia, acabó en cuestión de segundos en gran tormenta, donde no puedo ver a más de dos metros. Me refugié debajo del dintel de la cripta que estaba dibujando, un hermoso edificio de inspiración gótica. Estaba

en estado precario con los cristales de la entrada rotos y podía verse con claridad el interior de esta. Sobre unos de los laterales de la entrada aparecían varias notificaciones de impago que anunciaban que se procedería a un desahucio inminente.

Pensaba que se trataba de un aguacero que pasaría pronto, pero en vista de que se alargaba y no había posibilidad de marcharse, sin quedar calado al instante, decidí permanecer a la espera. Empecé a mirar hacia el interior de la misma, con escepticismo y una dosis de intranquilidad, haciendo tiempo hasta que parara de llover. Sin darme cuenta, estaba leyendo las inscripciones de las lápidas. Observé varios nombres y fechas, pero hay una en concreto que me llamó la atención, causándome una gran extrañeza. Se trataba de padre e hijo, ambos con el mismo día de defunción.

Quedé impresionado por este hecho tratando por un instante en dilucidar qué pudo ocurrir. Pero viendo que la lluvia amainaba, y dejaba entrever en el cielo aperturas donde el sol empezaba a vencer a los negros nubarrones decidí salir de ese dintel. Alejándome lo más rápido posible me encontré con una persona con chubasquero, que también huía de la lluvia, que se extrañó al verme salir de aquel lugar. Nos miramos al cruzarnos, pero yo seguí corriendo, aunque no logré evitar girar la cabeza al cabo de unos metros, pude ver como continuaba inmóvil mirándome. Estuve corriendo bajo la lluvia que amainaba, ligeramente alterado por la mirada de aquel individuo, el cementerio era un lugar que no me tranquilizaba y deseaba salir con urgencia.

En los días siguientes la vida continuaba con normalidad. El ERE número 484/2012 me obliga a tramitar un convenio

especial con la Seguridad Social, extingo mi relación laboral con la empresa a la que he dedicado toda la vida, pasé de ser un hombre ocupado por el trabajo a disponer de todo el tiempo para convertirme en el más ocioso. Empezaba a plantearme qué hacer con el tiempo libre, pero lo ocurrido días atrás en el cementerio de Montjuic no podía olvidarlo, me venía a mi mente con frecuencia. Cuando iba a dormir, ese recuerdo me provocaba insomnio hasta bien entrada la noche. Qué situación tan trágica era esa misma fecha de defunción e inquietante la mirada de aquel individuo con el chubasquero que no apartó su mirada mientras escapaba de aquel lugar.

Como había empezado una nueva etapa, en la que iba a contar con más tiempo, un día temprano desayuné rápido para dirigirme al mismo sitio, con curiosidad para volver a repasar lo que vi y noté unos días atrás, empezando a escribir nombres y fechas del viejo panteón. Me veía con la imperiosa necesidad de saber cuál era la historia que había detrás de aquellas anotaciones. Una cripta que delataba una holgada situación económica, seguramente una familia burguesa catalana, por sus apellidos. A excepción de uno de los nombres, Helen Bates, no era de aquí, probablemente inglesa o descendiente de esa nacionalidad. No era extraño, en aquellas épocas, muchos venían a Barcelona a montar empresas o a trabajar como titulados de carrera.

Por fechas, las más antiguas eran las de Manel Roig y esposa, los abuelos, nacidos en el primer tercio del siglo XIX; su único hijo Pere Roig, su esposa Helen Bates y los tres hijos de este matrimonio. Helen, la esposa, murió joven pero lo más

triste de esta situación, era la coincidencia en la defunción, la misma entre Pere Roig y su hijo Joan Roig. Ambos mueren el mismo día, ese dato era el que más me impactó cuando lo vi y mayor rareza me produjo en ese momento. ¿Qué pudo suceder para que ocurriera esa fatídica y penosa situación?

Parece algo tan extraño y casual que la curiosidad me impide olvidarlo, no dejaba de pensar qué pudo ocurrir para desencadenar ese fatídico acontecimiento entre padre e hijo. Pasé en cuestión de unos minutos de una simple e inocente curiosidad a un interés por averiguar lo ocurrido. Era imposible obviar la caída de la que debió ser una importante familia burguesa, abocada a un desahucio, lo cual le añadía un plus, que aumentaba el misterio e interés que envolvía toda esa situación. Sin olvidar la tristeza infinita que tendría que soportar esa familia.

Me dirigí hacia los despachos del cementerio dispuesto a efectuar alguna indagación sobre esa cripta. Algo que me desvelara o hiciera intuir lo que sucedió para calmar mi curiosidad sobre esa familia. En la puerta de la oficina observé al mismo individuo del primer día, el hombre del chubasquero. Este, sorprendido, primero me miró detenidamente reconociéndome al instante, dirigiéndose a mi encuentro con una mirada llena de curiosidad.

—El otro día, cuando llovía, lo vi salir del panteón, ¿es Vd. por casualidad familiar? —me preguntó mostrando gran interés.

—No, no soy familiar. Fue una coincidencia, mientras dibujaba me sorprendió la lluvia y me refugié allí —le contesté.

—Existe un desahucio pendiente, próximo en su ejecución —me comentó con necesidad de aclarar ese dato.

—Es desagradable lo que esa situación conlleva —prosiguió—. Han intentado ponerse en contacto con algún familiar, sin éxito hasta la fecha. Creo que no se han esforzado lo suficiente. Existía un depósito de dinero que se consignó en pago de impuestos que por lo visto se ha agotado y, al entrar en impago, la empresa procederá al desahucio después de innumerables intentos baldíos de encontrar algún pariente. Al verle a usted, por un segundo pensé que por fin había aparecido un familiar —me comentó esperando mi contestación con cierta decepción en su rostro.

—Vi las hojas de comunicación del desahucio, sin poder evitar el leerlas. Curiosear no entraba en mis intenciones, pero he de reconocer que me impactó conocer la fecha de defunción de padre e hijo, el mismo día. No he podido dormir con normalidad y me ha estimulado a averiguar qué ocurrió para ese desenlace fatal —le respondía sin expectativas de que este buen hombre me diera explicación alguna.

Sin darnos cuenta comenzamos a hablar. Ese hombre de aspecto serio y barba bien cuidada hizo una mueca alargando la comisura del labio hacia la oreja izquierda. De estatura por encima de la media de unos cincuenta años aproximadamente. Su mirada entre curiosa y sincera trató de asegurarse del interés que me movía. Quería la certeza de que la intención para dar luz a esa situación era verdadera y no solo una curiosidad pasajera.

—¿Vd. podría averiguar si existe algún familiar o persona que estuviera interesada en saber sobre el acontecimiento? Al menos, identificar dónde irán a parar los restos. Si la gestión la efectúa una persona de fuera de nuestro ámbito quizás se

obtengan mejores resultados. Tienes el recurso de preguntar a vecinos e investigar más en profundidad, aspecto que aquí no se contempla. Y al mismo tiempo a medida que realiza esa búsqueda seguramente encontrará respuestas a su curiosidad sobre esa familia. Con seguridad pueden aparecer secretos que hagan más interesantes la indagación —lanzó la afirmación para captar mi atención.

Y lo conseguí, durante unos instantes me quedé en silencio, meditando lo que diría, no quería empezar una investigación y dejarla aparcada. Días atrás me preguntaba qué hacer con el tiempo libre, ahora se brindaba una oportunidad de utilizarlo en algo interesante. Esta vez me veía con fuerza, disponibilidad para implicarme no faltaría. Un mundo de dudas venía a mi cabeza, las típicas de cuando empiezas algo nuevo y te preguntas si sería capaz, nunca hice nada que se pareciera.

Él seguía mirando impaciente, esperando una manifestación que al parecer se demoraba más de lo que había supuesto. Mis dudas le empezaban a producir una ansiedad que notaba en su mirada y controlaba perfectamente como si el tiempo de mi tardanza fuera su aliado.

—No puedo garantizarle nada, pero mi contestación es sí. Aún no sé cómo planificar el tiempo para dar luz a esta historia, ni tan siquiera imagino cómo empezar unas pesquisas de esas peculiaridades. Encontrar algún familiar no parece una tarea difícil, lo complicado es cómo comenzar y qué pasos dar.

Pareció satisfacerle lo que le expresé, lanzando una sonrisa de agradecimiento. Sus hombros y aspecto se relajaron al instante, su actitud cambió radicalmente.

—En este trabajo que desempeño conocemos un poco la historia de todos —mirando a su alrededor—, los considero como de la familia, a veces incluso hablo con ellos, les saludo cada día — explicaba mientras me miraba.

Parecía conocer la historia de la familia. Le escuché atentamente, pensaba que era un personaje extraño, con una calidad humana que me sorprendió por el conocimiento de algunos aspectos de la vida de esos finados. Notaba una extraña sensación, un poco inquietante, no me dejaba de sorprender esa cognición.

—Era una familia burguesa con una importante fábrica. Adinerada y muy bien relacionada con el mundo de la industria, que fue a menos después de la Guerra Civil. Yo siempre ando por esta zona, trabajo en mantenimiento, pero si estás interesado en saber más, yo procuraré mirar en los archivos. Te ayudaré. Al principio es complicado encontrar el hilo que te dirija por el camino correcto, pero verás como al final lo consigues. Si vienes no te obsesiones en buscarme, yo te encontraré.

Dio unas pinceladas de la familia, pero eran vaguedades. Comentó, no obstante, la población donde nació.

—El Sr. Manel Roig, abuelo y patriarca de la familia es quien inicia la fortuna y la empresa. Su lugar de nacimiento era Vic, fijando su residencia en Tona, un pequeño pueblo en la comarca de Osona.

Anoté los datos que me ha facilitado y le agradecí sus comentarios.

Acto seguido, se alejó unos metros sin darme la espalda, me miraba, sonreía como si estuviese orgulloso de despertar mi curiosidad, se giró saliendo de mi espacio visual, perdiéndose en la distancia, a un centenar de metros.

Tras ese encuentro me dirigí hacia la cripta. Me quedé solo ante ese edificio, visualizando toda la construcción, repasando lo que había ocurrido hasta el momento y pensaba ¡otra vez te has liado!... pero ¡he de llegar hasta el final! Me había comprometido en algo que consideraba importante. Ante aquel panteón tenía la extraña sensación de que todas estas personas necesitaban poner su historia en orden. Lo iba a procurar, me inundaba una gran curiosidad por conocer como fueron sus vidas en los tiempos que les tocó vivir. Instante en la que ya no me pareció que la tarea fuese fácil. Había adquirido una gran responsabilidad, pero intentarlo se convirtió en un reto que para mí era el acontecimiento más importante que se me presentaba.

Marché del lugar, con algunas dudas, las mismas que el día deparaba, a ratos nublados y otros con un sol espectacular.

CAPÍTULO 2

Con los datos de los nombres y fechas anotadas procuraría dar sentido a esa historia, averiguar ese final trágico entre padre e hijo y al declive económico de la próspera empresa del abuelo Manel. No poseía gran experiencia, pero lo que tenía más a mano era bucear por internet. Cómo organizar mis horas libres, que en la actualidad son suficientes. En esta nueva situación requería de un poco de organización y así dedicaría el tiempo sobrante a lo que realmente me interesaba.

Localicé la empresa *Hierros Roig*, que más tarde se convirtió en *Hierros Roig e hijo*, es una pequeña reseña que me llevó a la deducción que se estableció en el Pueblo Nuevo y se dedicó a la metalurgia y herrería. Su situación, cuando se fundó, son reseñas breves, poco concretas y no me daban mucha garantía.

Tras esta incursión que yo consideraba fallida en la red iría al sitio donde vivió el abuelo, haciendo caso al dato que me dieron en el cementerio. Visitar el origen, donde empezó todo. El pueblo que vio crecer al fundador de la empresa, inicio de la corta saga de empresarios Roig. Sin demora me encaminé a ese pueblo, Tona, en la comarca de Osona. Un paraje excepcional,

bonito y tranquilo, donde una montaña le daba cobijo, coronada por los restos de un castillo. Con una excelente comunicación con Barcelona, tanto por carretera como por tren.

Aparqué el coche y miré lo que había a mi alrededor, tratando de escudriñar los detalles que se esconden ante una mirada inexperta de un simple principiante. No sé por dónde debería empezar en un caso así. Empuñé mi libreta y el bolígrafo dispuesto a preguntar, arañar en las historias de las personas, poner luces y sombras a los detalles sin que la gente se molestara por mi interés en cuestiones del pasado.

Esta población no sería grande en los años que el Sr. Manel vivió, tendrán de él un recuerdo o información más por ser un empresario acaudalado. Con seguridad no tendrían conocimiento directo, su nacimiento les aleja en exceso del momento actual. Solo los mayores del lugar nacidos allí pueden tener referencias de la familia Roig. Me preocupaba enfocar incorrectamente esta historia y ver como la gente del lugar al no entenderlo facilitara información de poco valor.

Al situar la empresa físicamente en la población de Pueblo Nuevo, deduje que debido a esa distancia la presencia en Tona se reduciría a los fines de semana y veraneos. Por aquella época, Tona era una población donde existían numerosas residencias de personalidades de la industria, acaudaladas y burguesas atraídas por sus aguas sulfurosas, proliferando rápidamente la aparición de cuatro balnearios: Codina, Segales, Ullastres y el Roqueta. Siendo en este último donde a su alrededor se estableció una opulenta ciudadanía barcelonesa, de estilo modernista atribuido a Lluís Domènech Montaner. La hacienda de los Roig ocupó un lugar

privilegiado, junto a otras edificaciones como la torre Simón y las tres torres LLussà. Casi con seguridad a no equivocarme, podría afirmar que la familia Roig gozaría de otra vivienda en algún barrio elitista en la ciudad condal, como residencia habitual, lo que le permitiera un desplazamiento cómodo a su centro de trabajo.

Me dirigí al corazón del pueblo, iba buscando personas de avanzada edad que pudieran ser coetáneos a esa familia. Por las fechas, los mayores del lugar podrían saber algo que sus padres les hubieran podido contar. Tenía la sensación de que en los pueblos relativamente pequeños las historias se transmitían de forma oral. Deseaba fervientemente salir de aquel lugar con alguna información que aportara algo de valor al conocimiento de la familia, aunque era consciente de que pasados unos días podía quedarme atascado y no aclarara absolutamente nada.

Empecé de forma tímida preguntando a algunos según los veía pasar. Todos hacían una reflexión profunda intentando recordar lo que sus padres le transmitieron, gracias a esas referencias me hablan de Helen, la inglesa, que frecuentaba el balneario Roqueta. Un edificio modernista espectacular, en la actualidad desaparecido. En esa zona tenían su núcleo de amistades, con hotel y casino donde realizaban sus fiestas, incluso un bazar, teniendo poco contacto social con la gente del pueblo. Se confirmaba la nacionalidad. No recordaban la primera generación del abuelo que inició la empresa. Otros llegaron a este pueblo con posterioridad a la guerra y desconocían la existencia de esta familia.

Los que tenían alguna referencia, les insistía, para recabar más información y de los pocos que encontré mencionaron

que la inglesa tenía una salud delicada y falleció de una afección pulmonar después de la guerra. Hacen referencia a que eran tiempos difíciles para los del pueblo. Después de la guerra, todos tenían historias tristes que contar y esa familia tampoco fue una excepción, su hijo no regresó del frente.

Dependiendo a quien preguntara, según su sexo, me hacían observaciones diferenciadas. Las mujeres se referían a los capítulos de tristeza que en determinadas épocas sufría la inglesa, así la llamaban. Los hombres recordaban aspectos relacionados con la política y la empresa. Ninguna de las personas a las que pregunté ese día fueron testigos directos, hablaban por lo que les habían contado, coincidiendo todos en que se trataba de una familia con gran influencia en la comarca.

El abuelo Manel era una persona desconocida. Era su hijo Pere el que realmente todos tienen en su memoria. Deduje que esa nueva generación tuvo más contacto social con la población. Posiblemente fijaría su residencia habitual en Tona, a diferencia de su padre. Pere era persona recta y seria, dulcificada gracias a su mujer Helen, una inglesa guapísima, con gran sensibilidad en cuestiones sociales.

Todos coincidían en esa descripción de Helen, <<la inglesa>> era una mujer guapa y elegante, añadiendo como coletilla final, y parece ser que demasiado joven para su esposo.

Comentaban que su hijo, Joan siempre andaba con un par de amigos, hijos de empresarios de pueblos vecinos. Normalmente liados en temas político-sindicales. Eran años en que la política, el movimiento obrero y los sindicatos estaban en plena efervescencia.

Y respecto a la empresa de los Roig, después de 1939, pasó a bajar su producción, como muchas empresas del lugar, la II guerra mundial hizo que las materias primas y los pedidos se redujeran drásticamente. El Sr. Pere Roig enviudó al poco de acabar la guerra civil española, su hijo no volvió de la contienda y sus otras dos hijas no se interesaron por la empresa. Unos años posteriores a la contienda, el Sr. Pere vendió la empresa. Y ante mi insistencia, nadie conocía ningún familiar en la actualidad.

Escasa información para un día tan largo, aunque me ayudó a situarme en el contexto de la época. Volví a casa ligeramente descontento por lo poco que había averiguado. No cabía duda de que era por mi falta de pericia a la hora de saber indagar.

Y, por si fuera poco, aparecían dos amigos del nieto. Más para investigar y opciones para discernir la historia de esa familia.

Ligeramente frustrado al día siguiente me levanté temprano. Las luces del día me impedían conciliar el sueño. Decidí volver al cementerio y buscar al misterioso personaje, aunque tenía la ligera sensación de que sería él, quien me encontraría a mí. Efectivamente mientras caminaba hacia la cripta él ya esperaba, fumando un cigarrillo con la vista puesta en mí, que recorría aquel bosque de cruces y estatuas oscurecidas por el paso del tiempo.

Nos saludamos con un ligero movimiento de cabeza. Observaba con curiosidad la expresión de mi rostro, preguntándose con la mirada, aunque intuyendo que había averiguado poca cosa. Le devolví la misma, con todas las dudas que me acompañaban, reflejándose en mi rostro la señal de la derrota de una batalla malograda.

—Ayer fue un día aciago, he de pulir todavía mis métodos para obtener información. Solo obtuve pequeñas referencias que me han situado en el contexto, pero poco o prácticamente nada sobre Joan, que dé luz el desenlace de su muerte, el mismo día que su padre. En el pueblo ese dato es desconocido para ellos. Sobre Helen, la madre, versiones distintas desde la tristeza hasta una delicada salud. Comentarios sobre su juventud, pero albergaba la impresión de que la gente tenía en la memoria la vida de Helen Bates a la cual la referencia es que era una mujer de gran belleza y clase, elegante, con una cabellera rubia y por lo visto con gran sensibilidad, según les ha llegado esa información. Y nadie parecía tener conocimiento sobre la existencia de algún familiar cercano —le expliqué.

Escuchó atentamente la información que le di.

—Pensé que quizás podrías conseguir más datos, no obstante, insiste en ocasiones hay que dar con la persona adecuada que te permita avanzar. No pierdas la esperanza, verás como la constancia te ayudará. Ayer por la tarde estuve efectuando arreglos en la cripta de la familia, he encontrado algo que te puede ayudar. Debería entregarlo a la dirección del cementerio —me lo enseñó—. Si lo hago quedará archivado o en una estantería y cuando se ejecute el desahucio se destruirá o irá a la fosa común. Esa edificación está en un estado lamentable —me explicó.

Mis ojos dejaron de parpadear, imposibilidad para articular palabra, el procedimiento era incorrecto. Esto me empezaba a inquietar y se dio cuenta de ello. Sin embargo, era lo más interesante que me había pasado en muchos años. No sabía qué hacer o decir en esa situación. Le continuaba mirando, con una duda que me atenazaba.

—¡Cógelo! —insistió.

Mirándome fijamente a los ojos, me acercó con el brazo el documento, era una acción que no podía eludir.

Durante esos segundos que se me hicieron interminables, empezaba a intuir que él quería que yo me interesara por lo que había encontrado, le pregunté si quizás ese documento ¿me ayudaría a dar luz o, posiblemente, a identificar a algún familiar que impidiera el desahucio y dejara reposar en paz los restos de esa familia?, se lo puse en bandeja para que me contestara.

—¡Seguro que sí! —articulando esa palabra hace un gesto de afirmación con la cabeza.

Para mi nuevo amigo era un razonamiento dentro de la lógica, si entregarme un documento obtenido del interior de un féretro lo consideraba algo normal para él, el fin justifica los medios. Pensaba en lo incorrecto de esta situación, pero creo que él estaba preparado para facilitármelo, siempre que hubiera discreción. Su mirada así me lo hacía entender. Estiré la mano para recoger el objeto, que él me entregaba, con todas las dudas que se pueden tener en un acontecimiento como ese.

Miré con detenimiento lo que me entregaba, se trataba de una carpeta de piel, que se abría como una libreta, forrada con un plástico que amarilleaba debido al paso del tiempo, dejaba ver un plano topográfico que indicaba el año 1932, con señalizaciones, unas cruces anotadas a mano, que a simple vista no entendía. Era un trozo de costa del Mediterráneo, desde Puerto de Mazarrón hasta Águilas y su límite con la provincia de Almería y se triangulaban con la población de Lorca.

—Hay algo más que no he podido extraer. Lo seguiré intentando, pero hoy me es imposible dedicarle más tiempo. Teóricamente no puedo efectuar intervenciones en esta cripta, por la situación en la que se encuentra, sin levantar sospechas —comentó mi extraño amigo.

Cogí con rapidez ese mapa sin apartar la mirada y nos despedimos con un hasta pronto. Según su explicación había algo más, todavía no acabo de entender por qué he cogido el documento prestándome a este juego. Mis dudas se disipan en el mismo instante que me doy la vuelta e inicio el camino de regreso. Salí de aquel laberinto de estatuas que representan ángeles en posición de vigilancia y defensa de las fuerzas del mal, parecían mirarme tras la acción que acababa de efectuar. Aligeré el paso sin atreverme a levantar la vista.

Llegué a casa y empecé a analizar ese documento. Me asaltaban muchas dudas y dos interrogantes:

—La primera era ¿la relación de la familia con esa parte de la provincia de Murcia? Quizá la fábrica del padre utilizara materias primas de aquel lugar, lo que me obligaba a saber más sobre la empresa y qué producía para relacionarlo con esa zona.

—La segunda ¿qué significaban las anotaciones, las señales y los nombres de algunas playas?

Al menos con esas sospechas podía efectuar hipótesis, investigaba con atención máxima aquel documento que esperaba me diera alguna pista para averiguar qué le pasó a Joan para morir tan joven, el mismo día que su padre, o simplemente me guiara para el siguiente paso que debía dar. Esa era para mí una prioridad irrenunciable, aunque el